

García Bazán, Francisco

El mito del Santo Grial

Letras N° 61-62, 2010

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

García Bazán, Francisco (2010). El mito del Santo Grial [en línea], *Letras*, 61-62, 49-58. Recuperado de <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/mito-santo-grial.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

El mito del Santo Grial

Francisco GARCÍA BAZÁN

*Universidad Argentina J. F. Kennedy
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas*

Resumen: A partir de sus manifestaciones literarias conocidas de la Edad Media, el trabajo analiza los orígenes célticos del mito del Santo Grial, sus antecedentes en la tradición evangélica apócrifa, sus interpretaciones gnósticas y sus valores provenientes de la tradición judeocristiana y cristiana arcaica.

Palabras clave: Santo Grial – mito – evangelios apócrifos – gnosticismo – cristianismo – céltico.

Abstract: Considering in the first place its literary manifestations known in the Middle Ages, this paper analyses the Celtic origins of the myth of the Holy Grail, its antecedents in the apocryphal evangelic traditions, its Gnostic interpretations and its values proceeding from Judeo-Christian and archaic Christian traditions.

Key-words: Holy Grail, myth, apocryphal evangels, gnosticism, christianism, Celtic

El Grial y el ciclo del Grial

El mito del Grial aparece bajo forma de leyenda escrita por primera vez al final de la obra de Chrétien de Troyes, *Perceval o El cuento del grial*. La novela quedó interrumpida por la muerte de Chrétien y apareció en 1190 en la Corte de Champaña en vísperas de las Terceras Cruzadas.

La trama de *Perceval* con sus aventuras caballerescas influyó en otras novelas posteriores del género, pero sobre todo, su referencia al cortejo del Grial visto brevemente por el héroe en el palacio del Rey Pescador, contenía un fondo de inspiración que fue repetidamente ampliado en lo que constituye la frondosa “literatura del Grial” y particularmente en el “ciclo del Grial”.

El denominado “ciclo del Grial” amplía los datos de la búsqueda desde el comienzo hasta el final. Por facilitar algún ejemplo, en el primer caso da detalles sobre la infancia de Perceval, o en el segundo, describe la transformación de la “caballería terrestre” en “caballería celeste”, cuando todo concluye. Entrelaza de este modo los datos con la finalidad de lograr una trama novelesca más completa, como lo muestran el *Perceval-Didot*, el *Perlesvaus*, la *Quete del Saint Graal*, culminando con la *summa* de *Lanzarote-Grial*.

Pues bien, a través de diversas novelas y crónicas romancescas, el esquema básico del *Perceval* ha recibido dos notables ampliaciones interpretativas en las que interviene explícitamente el elemento cristiano, una casi simultánea a su redacción, la novela de Robert Boron, *El cuento de la historia del Grial o José de Arimatea* (de alrededor de 1190) y la posterior *Parzival (Parsifal)* de Wolfram von Eschenbach (1210). El conjunto en torno al relato del Grial de estas tres publicaciones es el que tendremos sobre todo en cuenta para ensayar una hipótesis de carácter apócrifo-gnóstica y de origen judeocristiano, sobre un tema que es tan rico en el curso de su tradición como controvertido en las explicaciones.

En la descripción de *Perceval*, se cuenta que el joven galés y todavía caballero en ciernes, ha dejado la morada de su viuda madre contrariando su voluntad y sentimientos, habiendo tomado la decisión, maravillado por la sorprendente visión de cinco caballeros, de armarse caballero en la corte del rey Arturo. Logra con audacia su deseo y cumple diversas hazañas como la derrota del Caballero Rojo, cuya armadura carmesí reviste, y otras proezas posteriores. Ha encontrado a su amada Blancaflor y siguiendo el consejo de un misterioso pescador ingresa en un hermoso castillo, en donde invitado por el señor de la mansión que está postrado en un lecho, participa de un espléndido banquete. En medio del convite aparece un extraño cortejo:

Entra primero un paje con una lanza radiante desde cuya punta se desliza una gota de sangre hasta la empuñadura; tras él viene una doncella llevando entre sus manos el Grial resplandeciente, cuyo brillo hace palidecer el resplandor de las antorchas; y detrás otro paje lleva una bandeja de plata (García Gual, *Primeras novelas europeas*, 215).

El asombro del joven es grande, pero, siguiendo las recomendaciones previas de su prudente consejero Gornemant de ser conciso en sus palabras y no obstante que el cortejo pasa varias veces, nada pregunta: ni qué sea el Grial ni a quién está destinado su contenido. El señor del castillo es retirado en su litera de lisiado a descansar y también lo hace Perceval. Cuando despierta el palacio está desierto, nadie responde a sus palabras, su caballo está ensillado y deja el castillo que se cierra tras su salida. Pero una doncella que encuentra en un bosque vecino solitario le informa que su anfitrión ha sido el Rey Pescador, con las piernas inmóviles por un golpe de lanza, que él, al no preguntar por el sentido del cortejo, ha perdido la oportunidad de haber curado la salud del Rey y otros beneficios mayores, y que su nombre, entonces, no debe ser “Perceval, el Galés”, sino “Perceval, el Desdichado”, ya que la causa por él ignorada de que haya sucedido todo esto, ha sido la muerte de su madre al haberla abandonado.

El protagonista prosigue con sus sanguinarias aventuras, entregado a ellas y apartado de Dios. Pero un Viernes Santo se encuentra con un grupo de gente de apariencia noble que vienen de una ermita. Va hasta ella, visita al solitario ermitaño, oye la misa y se confiesa. El ermitaño –que es su tío– le ratifica lo que le dijo la doncella del bosque, que su desgracia se origina en no haber preguntado por qué sangra la lanza y a quién se servía con el Grial –es

decir al padre del Rey Pescador quien se alimentaba únicamente con la hostia diaria que llevaba el Grial—. Conocidas las consecuencias de su propia falta y su explicación, Perceval toma la resolución de continuar la búsqueda y retornar al castillo del Grial. Como una sombra del protagonista están también presentes en la novela las hazañas del caballero Gauvain.

Ahora bien, mientras que —como se ha reconocido por los estudiosos de esta literatura— los planos de la novela son tres: las aventuras caballerescas propias de una leyenda artúrica; las transformaciones interiores del personaje central que se van interiorizando hasta llegar al propio arrepentimiento y, como fondo permanente, el símbolo del Grial, por otra parte, consideramos que se deben tener en cuenta los personajes de mayor relieve, en relación con el sentido del Grial y que ayudan al ascenso espiritual del protagonista. Todos ellos son familiares de Perceval —la madre, la prima hermana, los tíos: el Rey Pescador y el ermitaño, su tío abuelo o padre del Rey Pescador—; además, el mismo Perceval como héroe liberador en progresivo perfeccionamiento —cuyo cumplimiento lo va reflejando ocultamente su aventura anímico-espiritual interior— y la enigmática pieza del Grial como el motor profundo de la búsqueda.

Se ofrecen en esta obra, en relación con el esquema de la búsqueda del Grial, elementos exteriormente cristianos declarados, pero su fondo ordenador de base muestra la conservación y transmisión de un símbolo que se origina y transmite en la cultura celta y entre los cristianos embebidos de esta cultura.

El Grial y las tradiciones celtas

El término ‘grial’ se refiere en las tradiciones celtas a un caldero (lat. *caldarius*, que se trabaja en caliente) y desde la Edad de Hierro en la época de la Tène, ha sido habitual entre los recursos civilizatorios de sus diversas poblaciones, la fabricación de calderos. Un objeto sagrado maravilloso que se representa en las medallas antiguas y que se mantiene en los restos arqueológicos, al punto de que Estrabón escribe, que por su consideración de objeto religioso el caldero es apreciado entre ellos como: “lo más sagrado de su país”. La diversidad y rica decoración de los calderos por su función ritual, también llama la atención. Desde este punto de vista, la relación de la palabra con *calidus* en nexa con el indoeuropeo *kert* (objeto trenzado) que asimismo daría *kwerus* en sánscrito y asimismo *cratis*, *kráter* (crátera), *graël* (grado), *graal* (vaso). Vaso o plato de cualidades extraordinarias que en romance es denominado *graal* y en galés, *per*. En la literatura tradicional de Irlanda, el caldero está vinculado a Dagda, el gran dios de los druidas que es inagotable y posee la soberanía mágico-religiosa. Los muertos arrojados en él resucitan, aunque mudos, porque pertenecen a otro mundo. Entre los galeses aparece el caldero de resurrección; también en ellos hierve el líquido de la profecía. Taliesin, el sabio sacerdote druida, quien después de haber bebido tres gotas de él, adquirió el don de conocer el futuro y fue maestro de las artes y de las transformaciones. Hay muchos otros ejemplos. En síntesis, se puede sostener que el caldero entre los celtas encierra la inmortalidad, la riqueza en abundancia y el don de profecía en el cuadro tradicional indoeuropeo más amplio de los objetos maravillosos (G. Bertin).

De este modo, las variaciones culturales y las posibilidades de transformaciones legítimas del objeto en relación con la interpretación religiosa en los diferentes sistemas llegó a ser ilimitado (copa, corazón, vasija hermética, tumba, atanor, etcétera).

Robert Boron y el Grial

De este procedimiento se vale Robert Boron cuando, casi al mismo tiempo que Chrétien de Troyes, por sugerencias que le llegan del cristianismo oriental, ofrece como telón de fondo de la narración una forma cristianizada del mito.

El comienzo del relato advierte que antes que Jesús naciera todos los seres humanos iban al infierno, incluidos los profetas, aunque se consolaban con la esperanza de que Jesucristo los liberaría —es la primera forma del limbo de los justos, que en los orígenes de la Patrística adquirirá una caracterización bien determinada, y que el año pasado aconsejó suprimir la Comisión Teológica Internacional, aunque no por la unanimidad de sus miembros—. Vino así Jesús a la tierra para redimir al pueblo de Adán y Eva. «Lo redimió a través del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que son tres en uno, un Dios único». El Señor humildemente quiso bajar a la tierra y morir para que la obra de su Padre se salvara, pues Él creó a Adán y Eva que pecaron por la astucia del enemigo. Enseguida se trata la crucifixión del Señor y aparece José de Arimatea, un caballero al servicio de Pilato que apreciaba a Jesús, aunque no exteriorizaba su aprecio, por temor a los judíos. Pero crucificado y muerto Jesús, le pidió el cuerpo a Pilato. Éste se lo concedió y, además, una vasija que le habían entregado los judíos y que era la misma que la noche anterior había usado en la última cena. Nicodemo ayudó a José a bajar el cuerpo de Jesús de la cruz y a enterrarlo. «Cuando lo lavaban, las heridas comenzaron a sangrar, lo que los sorprendió, porque recordaron que la piedra al pie de la cruz se había partido a causa de la sangre que caía. Entonces José pensó que en el recipiente recibido de Pilato podría recoger las gotas. Lo tomó, y reunió la sangre de las heridas». Enterró a Jesús y tapó el sepulcro con una piedra grande «para que los discípulos no pudieran robar el cuerpo. La vasija con la sangre, sin embargo, se la llevó a su casa». Entre tanto el Señor descendió al infierno y liberó a Adán y Eva y a otros, como se ha dicho. Los judíos enojados por la desaparición del cuerpo de Jesús, encarcelaron a José, pero estando encerrado lo visitó Cristo; levantó la habitación de la tierra y le entregó su recipiente. Ante las excusas de José que no se había atrevido a manifestarle públicamente su adhesión, Jesús lo tranquiliza porque el amor que hay entre ellos no lo conocen sus discípulos, pues: «Me has amado en secreto como yo a ti. Nuestro amor se manifestará para todos en perjuicio de los incrédulos. Entonces tendrás la señal de mi muerte bajo tu custodia. Aquí está». Le restituyó el recipiente con su sangre y agregó:

Debes poseerla y guardarla y también deberán hacerlo todos aquellos a quienes se la entregues. Pero sus guardianes sólo podrán ser tres y estos tres la deben recibir en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Estas tres potencias son una y la misma en un Dios único [...] Posees la sangre de las tres personas de un Dios que manó de las heridas del Hijo hecho carne [...] El que lo sepa será más amado en el mundo [...] La mesa simboliza la cruz y los recipientes [...] simbolizan el sepulcro en el que me pusiste. Este es el cáliz en el que se consagrará mi cuerpo en forma de hostia. La patena que será colocada encima simboliza la piedra con la que sellaste el sepulcro y el paño que se extenderá sobre ella simboliza el lienzo con el que me envolviste. Así la cristiandad conocerá siempre, hasta el final de los tiempos, el significado de tu acto [...] Y después Jesucristo le enseñó palabras que no puedo decir, aunque quisiera, sin tener el gran libro en el que aparecen escritas: se trata del secreto de la gran celebración del Grial.

Lo descrito sólo lo sabe José, quien permanece en la cárcel cuarenta y dos años y el Grial con él, que lo alimenta y consuela durante este tiempo. Liberado por Vespasiano es bautizado y viaja con su familia hacia Occidente como predicador. Con el paso del tiempo, las cosas no van bien y José desconoce por qué sucede así. Sin embargo, el recipiente, para orientarlo dentro de sus vacilaciones, le aconseja disponer una mesa cuadrada y que su cuñado Brons vaya al río y traiga el primer pez que pesque. Además, lo invita a extender el mantel, colocar el recipiente en el centro de la mesa y el pez al lado. Brons debe sentarse a su derecha, aunque se apartará de él dejando un lugar vacío –el asiento peligroso–, el que nadie ocupará hasta que lo haga el nieto de Brons. Viene enseguida la multitud para ocupar un puesto en la mesa, pero hay pocos lugares. De este modo se separan los pecadores –que impiden la ampliación de la comunidad– de los justos, a los que se les explica que esta distinción es obra del Grial, que se llama así “porque él agrada mucho” a los que pueden permanecer en su presencia. Posteriormente, José instruye a Brons con las “palabras secretas del Grial”, vuelve a su tierra para morir junto con Petrus, uno de los doce hijos de Brons, que ya ha visitado la tierra de Avalón o Glastonbury esperando a sus parientes, mientras que Brons –el rico pescador– viaja a Bretaña en donde deberá esperar a su nieto, hijo de Alain li Gros, quien continuará la tradición del Grial. Así se cierra el relato y comienza el de *Merlín* –una figura ambigua con los poderes propios a mi parecer del “príncipe de este mundo”– que une la leyenda artúrica con esta historia del Grial profundamente cristianizada, puesto que se trata de la veneración de una reliquia en vínculo con la sangre redentora del Cristo.

Aclaraciones en torno a la presente leyenda del Grial

En relación con la descripción esbozada, hay tres puntos que merecen aclaración para un entendimiento más directo:

a) La hostia que aparece en la narración de Perceval no tiene función eucarística, como se pretende determinar en textos posteriores más subordinados al cristianismo católico, que a la naturaleza del relato, sino que representa el sacrificio cristiano como entrega incondicionada del Hijo a la voluntad del Padre, acto de redención universal que se conserva en el memorial de la tumba y se repite en el rito de acción de gracias, ya realizado en la “cueva de los tesoros” –como veremos más adelante–, como el primer rito cristiano del que se conservan vestigios y que es transferencia de lo humano a lo espiritual (esto es lo que indica la Cruz pleromática inscrita en la piedra lisa encontrada en la Cueva de Adán), descubrimiento de la Vida por la muerte a la vida biológica, como muy bien dice la *Carta esotérica de Santiago* de la biblioteca de Nag Hammadi.

b) Respecto de la etimología y la historia semántica del vocablo ‘grial’ más próxima al texto de R. Boron, en la *Crónica del monje Helinando de Froidmond* en torno al 1230, se dice:

En aquel tiempo [años 717 a 719] un ángel le mostró a un ermitaño una visión maravillosa, la de José, el noble decurión que tomó el cuerpo de Cristo de la cruz y la de aquel plato (*de catino illo vel paropside*), que el Señor había utilizado con sus discípulos en la Última Cena. El mismo eremita escribió una descripción de la visión, cuya historia recibe el nombre de *Gradale*. En francés se le llama *gradalis* o *gradale* a un plato ancho y algo hondo (*scutella lata et aliquantulum profunda*) en el que se sirven manjares exquisitos a los ricos, presentando los diferentes alimentos en diversas hileras. Popularmente también se le llama *greal*, porque es agradable y bueno comer en él, en

Francisco GARCÍA BAZÁN

parte debido al carácter del recipiente, probablemente de plata o de algún otro material preciado y, en parte, por el contenido y la disposición variada de los exquisitos alimentos. Esta historia no la pude encontrar escrita en latín, sólo en francés. Se halla en posesión de algunos nobles y se asegura que no es fácil encontrarla completa (E. Jung-M.L. von Frank: 25).

c) Sobre el pez y el “pescador inteligente” el registro cristiano más antiguo pertenece al *Evangelio de Tomás* gnóstico, sentencia 8:

Y [Jesús] ha dicho: El hombre es semejante a un pescador inteligente que arrojó su red al mar y la sacó del mar llena de peces pequeños. Debajo de ellos encontró un pez grande y hermoso el pescador inteligente. Arrojó todos los peces pequeños fuera al fondo del mar y escogió el pez grande sin pensar. El que tenga oídos para oír que oiga.

Sólo interesa el pez capaz de acción liberadora, los demás quedan en cautiverio, lo que arroja una importante luz sobre el uso que hace de él la leyenda del Grial y su relación con el plato o escudilla. También los testimonios cristianos antiguos del epitafio a Abercio: «Y en todas partes me servía en comida el pez del manantial, muy grande, puro, que apresaba una virgen casta», o bien, la inscripción del poema dedicado a Pictorio: «¡Oh raza divina del Pez [...] come con avidez, teniendo el Pez en las palmas de tus manos. Aliméntame con el Pez, te lo ruego, Señor y Salvador». Todo esto tiene ambientación y aspectos bien arcaicos que son judeocristianos e incluyen rasgos que son en parte paralelos al símil de la red de Mt. 13, pero diversos. (García Bazán, “El símbolo cristiano del pez”, 2008).

No es éste el lugar para detenernos en el *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach –porque nos interesa R. de Boron– en el que el Grial es una piedra mágica, extranjera (*lapsit exilis*), fuente de alimentos y de juventud, y el héroe sigue tres etapas en ascenso: logros de una carrera brillante de caballero mundano, arrepentimiento y un acercamiento a Dios que le permite la coronación en el castillo del Grial.

De esta manera, en la trilogía a la que aludimos: *Perceval*, *El cuento de la historia del Grial* y *Parsifal*, se describe una parábola que muestra sus raíces en la mitología indoeuropea, una interpretación cristiana, aunque no cristiano-romana, sino basada en una versión arcaica del cristianismo judeocristiano y gnóstico, y un retorno a los orígenes indogermanos de la leyenda interpretados según el cristianismo romano.

Nuestra conclusión, sin embargo, se va a referir al momento que consideramos de plenitud en la explicación del núcleo del relato, la que abrevia en tradiciones cristianas primitivas.

Tradiciones judeocristianas, leyenda del Grial y cruzados

Desde luego que son diversas las interpretaciones del mito del Grial dignas de leer. La tradicionalista de René Guénon y Julius Evola, la trifuncionalista de Georges Dumézil, la imaginalista de Henri Corbin y Gilles Durand, la fenomenológica-morfológica de Mircea Eliade, la de Emma Jung-Marie Louise von Franz inspirada en la psicología analítica de Jung, la histórico hermenéutica de Georges Bertin. Con independencia de ellas, personalmente, me inclino a poner el acento en los elementos cristianos arcaicos, judeocristianos, apócrifos y gnósticos que engarzan el relato en dos planos.

R. Boron ha utilizado para su narración noticias próximas a las *Actas de Pilato* o *Evangelio de Nicodemo* con variaciones propias, y principalmente admitiendo que junto con el uso del personaje de José de Arimatea –el que ha mantenido autonomía y vigencia hasta bien avanzada la Edad Media (véase la recensión en siríaco de la *Cueva de los tesoros* (s. II), el *Evangelio de Bartolomé* (s. III), *La venganza del Salvador* (s. IX), *La declaración de José de Arimatea* (s. XII))–, lo que se está exhumando es la validez de una tradición secreta e ininterrumpida, ajena a la canónica de los “Doce” y paralela a tradiciones esotéricas judeocristianas y gnósticas, cuya fuente y anillo de transmisión es José de Arimatea. Pero los orígenes de esta enseñanza se enlazan y pueden rastrearse en tradiciones orales de cristianos palestinos que giran en torno a la tumba de Jesús y al Calvario, en cuyo costado oriental descubren los actuales trabajos arqueológicos la “cueva de Adán” o “la cueva de los tesoros”, regada y vivificada con la sangre redentora. La caverna dio refugio a Adán y Eva después de su expulsión del Paraíso, aquí trajo Adán las especias (mirra, incienso, oro) que tomó del Paraíso o sus proximidades para ofrecerlos como dones dignos a Dios y ser salvado en la hora de su muerte. En este lugar fue enterrado según los ritos queridos por Dios con la ayuda de Eva y Set para ser recibido en la gloria. También fueron aquí inhumados Abel y los patriarcas e incluso Adán fue reinstalado por los hijos de Noé –descendientes de Set– cuando concluyó el diluvio. El Gólgota es el centro del mundo, “tierra sagrada”, en la que coinciden el sitio de la creación del primer hombre, su sepultura y el sacrificio supremo del segundo Adán que redime a la humanidad. Este conjunto de virtualidades es transmitido por una literatura sobre Adán y los ritos que cumplió (*El combate de Adán y Eva*, *la Vida de Adán y Eva*, *El testamento de Adán*, *La cueva de los tesoros*) que ha circulado muy tempranamente desde Palestina hasta Siria, Grecia, Armenia y el mundo de habla latina, y que ha conservado la iconografía bizantina y posterior. Estas informaciones han llegado asimismo como un eco a Julio Africano, a Tertuliano y también a Orígenes, quien escribe en su *Com. a Mateo* XXVII, 33: «El Calvario era el lugar en donde debía morir aquel que moría por todos los hombres; porque una tradición me enseña que el cuerpo del primer hombre fue sepultado en el lugar en el que Jesús fue crucificado». Y un manuscrito griego anónimo glosa del siguiente modo el pasaje de Orígenes: «Sobre el lugar del Calvario nos ha llegado una tradición de los hebreos –léase judeocristianos– según la cual el cuerpo de Adán está enterrado allí». Pero se debe anticipar que estas leyendas han sido conocidas por los primeros cruzados, quienes han estado en la misma cueva –dos monedas de cruzados se han encontrado aquí, la última de 1187, el momento del asedio de Saladino. Los cruzados estuvieron íntimamente movidos por su interés en el complejo de la basílica del Santo Sepulcro, destruido por el demente califa al-Hakim en 1009, un fervor que se basaba en el fin espiritual de fondo del sentido sagrado de la peregrinación a los santos lugares y la transformación urgente o diferida de la Jerusalén terrestre en celeste y que, rescatado en 1099 con la toma de Jerusalén, incluso han restaurado la Capilla de Adán en 1130 –es cierto que como un sucedáneo–, recuperada por el patriarca Modesto a comienzos del siglo VII. Efectivamente, en el citado año de 1130 los cruzados inician los trabajos de una nueva basílica sobre el Santo Sepulcro y descubren la capilla de Adán construida por el Patriarca Modesto. Conocen también la leyenda de Adán sepultado en el Gólgota, no se animan a invadirla profanamente y construyen la capilla al lado occidental de ella, un esfuerzo que conserva oculta la primitiva cueva. Parecía, después de siglos, que se sentían impulsados por lo expresado en *El combate de Adán y Eva* al referir este espacio sacro como el núcleo secreto

de todo lugar de peregrinación cristiana: «Y yo convertiré este sitio en un lugar santo... y favoreceré con grandes gracias a quienes vengan aquí» (Cód. Etiópico, Col. 371).

Textos ilustrativos sobre esta temática pueden ser fácilmente abordados y ampliados, como se anticipó: «El agua de la vida que tú solicitas no se te concederá hoy, sino el día en el que yo derramaré mi sangre sobre tu cabeza, en tierra del Gólgota, porque mi sangre se convertirá para ti en aquel momento en la verdadera agua de Vida y también para todos tus descendientes que creerán en mí», según registra *El combate de Adán y Eva*, en col. 313.

Y seguimos citando y glosando otros testimonios de esta misma literatura:

«El Señor le ordenó a Adán permanecer en una cueva que es la “Cueva de los tesoros”».

«En el país al que nos dirigimos, el Verbo de Dios descenderá, y sufrirá, y será crucificado en el lugar donde va a ser colocado mi cuerpo, de tal suerte que mi cráneo será regado con su sangre».

«La roca se abrió como una puerta, arrebató el cuerpo [de Adán], y ella misma se cerró y volvió al estado anterior».

Y allí precisamente se celebró una liturgia elemental, sobre la muerte y resurrección de Cristo.

Pero hay otras aclaraciones. A causa del diluvio, el cuerpo de Adán fue transportado desde el lugar de su primera inhumación al arca por Noé, sin embargo pasado el diluvio y muerto Noé, su hijo Sem, por orden de su padre y ayudado por Melquisedec –“sacerdote del Dios altísimo” –Gén. 14,18– devolvió el cuerpo de Adán a la cueva, y una vez enterrado, Melquisedec fue consagrado sacerdote para velar el cuerpo de Adán. A partir de ese momento concluyen los sacrificios de animales y Melquisedec ofrecerá sólo pan y vino en la misma gruta en donde está sepultado Adán, sobre el altar allí construido con este fin, es decir, para que ejerza de sacerdote eternamente ante el cuerpo de Adán.¹ De este modo, tenemos el establecimiento de un culto cristiano en relación con la muerte y resurrección de Cristo con una práctica de los judeocristianos que consideran también según los *Reconocimientos clementinos* I, 30 que Sem, el hijo mayor de Noé, «recibió en suerte como lugar de residencia el que está en medio de la tierra, en el cual está la región de Judea». De esta manera, estos judeocristianos palestinos reconstruyen, con una nueva interpretación más acorde al cristianismo, la ubicación de la leyenda del templo construido sobre el monte Moria –lugar del sacrificio de Isaac– trasladándolo de aquí al Calvario en donde el mismo Jesucristo –quien ha superado el antiguo Templo por el propio de su persona– ha bajado al infierno y ha resucitado. Y en este lugar se ha practicado, por los seguidores y familiares inmediatos, el primer culto cristiano hasta la tercera generación, porque discípulos y familiares siguieron reunidos en Palestina, como lo indica Eusebio en *Historia eclesiástica* III,11, siguiendo al judeocristiano Hegesipo, cuando se refiere a la elección de Simeón ben Clopás, después del martirio de su primo Santiago. El primer culto cristiano ha sido coherentemente en una gruta, en la que Cristo mismo como iniciador del nuevo culto lo ha instaurado y es el altar, la roca de la que brota el agua y la vida que devuelve la vida a Adán.

Los cruzados y su devoción y compromiso con el lugar santo por excelencia, el Santo Sepulcro, sus consecutivos riesgos y conquistas y el contacto con tradiciones jerosolimitanas primitivas que lo valoraban como el eje de la Vida por venir, les han permitido difundir la firme convicción de que en él se encerraba, en su rincón más secreto, el misterio ritual y sapiencial

¹ En otro lugar hemos abundado al respecto, ver García Bazán, *El gnosticismo*.

máspreciado para la renovación cristiana, homologando la cueva de Adán con la búsqueda del Grial. Una expectativa de fe que es transformadora y que, como experiencia completa de gnosis, posee una naturaleza que es trinitaria: el Espíritu Santo que desciende.

En este punto reside la referencia concreta y la matriz de las acciones sagradas y de la enseñanza esotérica del Grial con su énfasis cristiano. Y si el complejo del Santo Sepulcro, con el Calvario, y la capilla de Adán como sustituto de la “cueva de los tesoros”, es el promotor de la devoción occidental cristiana del Grial, su capacidad para cubrir diversos campos religiosos e incluso su diálogo, se asienta sobre el carácter trascendente y universal del esquema gnóstico que da solidez a sus relatos y que es de naturaleza esotérica y autorrealizativa.

La leyenda del Grial y los gnósticos

Hipólito de Roma en la noticia sobre los gnósticos naasenos entrega una primera clave para la interpretación:

Esta “vida” es la raza inefable de los hombres perfectos, que “las generaciones anteriores no conocieron”[...] Esto es el cáliz, la copa en la que bebiendo el rey toma los augurios. Ésta fue hallada en las nobles simientes de Benjamín. Esto también así lo dicen los griegos con “arrebataada expresión”: Trae agua, trae vino, niño, hazme embriagar y caer en sueño. La copa me dice qué debo llegar a ser, hablándome indeciblemente (I, 102-103).

Sólo que para alcanzar dicha copa en este mundo de encierro ilusorio (de hechizo, diría el estrato céltico) creado por el demiurgo ignorante, dios soberano mago, porque es secundado por el príncipe de este mundo, que echa sus lazos, se necesita de las acciones redentoras completas del Salvador, el liberador Atleta (Perceval) enviado por sus familiares del Pleroma (Madre, prima hermana, doncella del cortejo, tíos), con sucesivos esfuerzos terrestres (aventuras caballerescas) e iniciáticos (dificultades interiores del héroe gradualmente superadas), que aspiran a liberar a la totalidad de los pneumáticos (esclavos y sufrientes), lo que sólo se consigue plenamente con la experiencia mística de la gnosis, que es realizativa, y que materializa la conquista del Santo Sepulcro y sus misterios ancestrales vinculados a las acciones paradisiacas. Se trata de una respuesta inmediata y efectiva a la pregunta insoslayable: quiénes somos, de dónde venimos, en que situación nos encontramos, qué es la generación, qué la regeneración. En estos hechos y figuras están trinitariamente incorporadas estos requerimientos que son interrogaciones profundamente humano-divinas, que Perceval no se atrevió a inquirir ante el paso del cortejo del Grial y que hicieron que su búsqueda de lo “verdaderamente real” fuese difícil y diferida, con pérdidas y ganancias, aunque su otro familiar pleromático e iniciador, el ermitaño, siempre estaba presente, esperando sólo que sus obstáculos anímicos —emocionales y racionales— se aquietaran para guiarlo hacia el estado de perfección que exige la posibilidad de la recepción de la gnosis oculta en el misterio visible del Grial. Semejante experiencia, lograda por muy pocos esforzados, es la que hace posible disolver el enigma de la trampa del mundo, su encantamiento/ilusión.

Francisco GARCÍA BAZÁN

Bibliografía

Fuentes:

- Chrétien de Troyes, *El Cuento del grial de Chrétien de Troyes y sus Continuaciones*, Siruela, Madrid, 1989.
- Boron, Robert, *La historia del Cuento del Grial o José de Arimatea*, Siruela, Madrid.
- von Eschenbach, Wolfram, *Parzival*, Siruela, Madrid, ³2005.
- Manmouth, Geoffrey, *Historia de los reyes de Britania*, Siruela, Madrid, 1984.
- Otero, A. de Santos, *Los evangelios apócrifos*, Madrid, BAC, 1963.
- García Bazán, F., *La gnosis eterna. Antología de textos gnósticos griegos, latinos y coptos I*, Trotta, Madrid, 2003.
- García Bazán, F., *El evangelio de Judas, edición y comentario*, Trotta, Madrid, 2006.
- García Bazán, F., *La gnosis eterna. Antología de textos gnósticos griegos, latinos y coptos II. La Pístis Sophia/Fe Sabiduría*, Trotta, Madrid, 2007.
- González Casado, P., *La cueva de los tesoros*, Ciudad Nueva, Madrid, 2004.
- Battista A., Bagatti B., *La Caverna dei Tesori. Testo arabo inedito con traduzione italiana e commento*, Studium Biblicum Franciscanum, Jerusalén, 1979.
- Battista A., Bagatti B., *Il Combattimento di Adamo. Testo arabo inedito con traduzione italiana e commento*, Jerusalén, 1982
- Schneider A. & Cirillo L., *Les Reconnaissances du pseudo Clément*, Brepols, 1999.
- Estudios:
- Bertin, G., “Chaudron”, en J. Servier (dir.), *Dictionnaire critique de l’ésotérisme*, PUF, París, 1998, 290-292.
- Bertin, G., “Gaal” (Celtas), en J. Servier (dir.), *Dictionnaire critique de l’ésotérisme*, PUF, París, 1998, 558-560.
- Bertin, G., “Glastonbury et Avalon” (Celtas), en J. Servier (dir.), *Dictionnaire critique de l’ésotérisme*, PUF, 1998, 540-541.
- Díez Fernández, F., *El Calvario y la cueva de Adán. El resultado de las últimas excavaciones en la Basílica del Santo Sepulcro*, Instituto Bíblico y Oriental-Verbo Divino, Estella (Navarra), 2004.
- Flori, J., *La guerra santa. La formación de la idea de cruzada en el occidente cristiano*, Trotta, Madrid, 2004.
- García Bazán, F., «El símbolo cristiano del pez (ikthýs). Origen y proyecciones», en *Scripta Mediaevalia* I/1 (2008), 141-161.
- García Bazán, F., *Qué es el gnosticismo: Esencia, orígenes y trayectoria*, Ediciones Guadalupe, Buenos Aires, cap. VII: “Judeocristianismo y gnosticismo”.
- García Bazán, F., «El mito del grial, José de Arimatea y la Cueva de Adán», *IV Jornadas de Estudio sobre el pensamiento Patrístico y Medieval*, UNSTA, Tucumán, 18 a 20, septiembre, 2008.
- García Gual, C., *Primeras novelas europeas*, Ed. Istmo, Madrid, ³1990.
- “ “ “ , *Las primeras novelas. Desde las griegas y latinas hasta la Edad Media*, Gredos, Madrid, 2007.
- Joly, J., “Gaal” (Occident Medieval), en J. Servier (dir.), *Dictionnaire critique de l’ésotérisme*, PUF, París, 1998, 560-564.
- Jung, E. / von Franz, Marie-Louise, *La leyenda del grial. Desde una perspectiva psicológica*, Kairós, Barcelona, ²2005.
- Klijn, A.F.J., *Seth in Jewish Christian and Gnostic Literature*, Brill, Leiden, 1977.
- Olsen, T., *El cristianismo y los celtas*, San Pablo, Madrid, 2007.